

como de hecho ha sucedido en el mismo período de tiempo (de 5.009.464.218 a 8.972.459.862 pesetas), a causa de los aumentos de precio y de que el público frecuente cada vez más los cines de estreno, tanto por su mayor nivel económico como por escapar de las pésimas condiciones en que las películas se ven dentro de las salas de reestreno y, no digamos ya, de las de barrio o las rurales. Pero la deserción de 18 millones de espectadores cada año debería dejarles insatisfechos o, al menos, preocupados por un futuro que, de seguir ese decrecimiento —y nada hacen por evitarlo—, no se presenta demasiado halagüeño. De acuerdo que ello revela el fracaso de una política cinematográfica general, minada por los errores, el miedo a la libertad de expresión y el beneficio personal, pero nadie podrá negar a los exhibidores un puesto de honor, una primerísima fila, en tal fracaso.

Ahora, hace unas semanas, cuando la peor temporada que se recuerda hace muchos años daba sus nefastos coletazos, han decidido subir una vez más los precios (un 20,4 por ciento), como lo vienen haciendo desde 1970, cada dos años. No voy a entrar en un análisis cuyo objetivo último habría de ser por fuerza la política inflacionista que rige el país, dentro de la que han experimentado alzas artículos de mucha mayor necesidad que el cine. Pero, particularmente, considero una barbaridad el aumento, y creo que pagar cien pesetas por ver una película de quinta fila, como las que suelen componer nuestra cartelera, es casi un delito de lesa economía y de lesa cultura, cuando por el mismo precio o menor uno puede adquirir excelentes libros de Alianza o

de Enlace, con garantía de saber lo que compra. Porque puede suceder que, además de que no haya títulos que echarse a la cara —y quien esto escribe puede certificar del sufrimiento en que se ha convertido el ir al cine este año, asistencia que sólo una obligación profesional justifica—, el espectador se encuentre estafado cuando recurre a films antiguos que se reponen. ¿O es que no es una estafa comprar una butaca de estreno para ver «El guateque» y tener que soportar una copia destrozada, de desecho? ¿O no lo es contemplar ampliada a 70 milímetros «Cantando bajo la lluvia», con lo que cabezas y pies (hasta las rodillas) desaparecen, eliminando así un elemento tan decisivo como es el baile dentro de un «musical», lo mismo que ya había sucedido con «Levando anclas» y «Cabaret»? ¿Cómo se puede llamar, si no, el que «Tendre voyou» se ofrezca —y cobre— como estreno bajo el título «Simpático sinvergüenza» cuando ya se había proyectado hace años en «salas especiales» como «Dulce gamberro»? Otra vez, distribución y exhibición se alían para engañar al espectador, sometido —junto a las manipulaciones de censura y los fallos de cabina— a todo tipo de fraudes.

No, no vale aumentar los precios cuando el producto se ofrece en tan malas condiciones. Ninguna mejora se ha notado desde la subida a 100 pesetas, y los tres ejemplos citados —coincidentes con ella— lo atestiguan. Aquí el ciudadano también se ve limitado a la represión o al grito, porque le falta la estructura democrática (asociaciones de espectadores, crítica independiente y con in-

fluencia) que hiciera valer sus derechos. ■
FERNANDO LARA.

Otra película «desinflada»

Hace tan sólo siete días hablábamos de la insostenible invasión de películas «con policía dentro» que sufrimos esta temporada. No nos alejamos demasiado del subgénero al comentar hoy «El hombre de la medianoche» («The midnight man», 1974), de

vigilante, sino de una vocación inquisitorial irresistible, que incluso se remonta hasta los ancestros, como producto de una tradición familiar. Y es que, como repite su íntimo amigo Quartz —otro ex miembro de la carrera—, «el ser policía se lleva en la sangre»...

Así las cosas, nos hallamos ante un relato que promete bastante en su primera media hora, para irse desinflando posteriormente y

fórmulas, que ya quedaron suficientemente aprovechados, sino de lamentar el que no se sepa renovarlas y, más aún, se empleen superficial y torpemente en beneficio de una acción epidérmica y unos efectos de sorpresa injustificados que a nada conducen ni nada significan. De haber seguido con coherencia ese planteamiento aprovechable que antes citábamos, «El hombre de la medianoche» llegaría a so-

aquí en la fallida persecución de Quartz al senador Clayborne), con la intención de sorprenderle al final atando de cualquier manera los cables sueltos. Es algo a lo que, por desgracia, los telefilms han acostumbrado al espectador, y revela la falta de honestidad inventiva y rigor profesional del señor o señores que cobran por escribir un guión y de aquel que lo filma.

Ello es más sorprendente cuando para esta su segunda realización —tras «El hombre de Kentucky», «western» de 1955—, Burt Lancaster ha recabado la ayuda como coproductor, coguionista y codirector de un hombre de la veterania literaria de Roland Kibbee, autor de numerosísimos guiones (desde «Una noche en Casablanca» a «Sierra prohibida», varios de ellos protagonizados por el mismo Lancaster («Veracruz» y «¡Que viene Valdez!», por ejemplo). De nada ha valido tanto oficio, pues una historia que podían habernos desvelado la interioridad de un microcosmos social, la corrupción de unos estamentos dirigentes y la oculta patología sexual de una colectividad, o —en otro sentido— ofrecernos el retrato psicológico de un hombre «pasivizado» por las circunstancias (el primitivo título de la película era «Slade», apellido del protagonista), se queda en un guirigay a cargo de una pequeña y localizada banda de malhechores. Tampoco a Lancaster le ha servido de mucho su experiencia de actor, pues en pocos films americanos habrá tan malos intérpretes y tan mal dirigidos. La torpe planificación y hasta el que los focos se vean siempre en interiores cierran el capítulo de desgracias. ■ **FERNANDO LARA.**



«El hombre de la medianoche» («The midnight man», 1974), de Roland Kibbee y Burt Lancaster.

Roland Kibbee y Burt Lancaster, aunque aquí el protagonista sea vigilante nocturno de un instituto. Pero antes sí ha pertenecido al Cuerpo, del que fue expulsado por matar a un hombre («¿En acto de servicio?». «No, en la cama de mi mujer», según se dice en uno de los desafortunados diálogos del film), y al que se adivina volverá cuando la acción finaliza. Además, todo el trabajo de investigación que el personaje desarrolla lo efectúa, como si dijéramos, en «horas extra», ya que no deriva de su empleo de

alcanzar cimas de gratitud y confusión en su parte final. Es el problema —cada vez más acusado— de tantos y tantos films que con planteamiento válido, o simplemente no despreciable, se hunden a medida que pasan los minutos. Insisto en una referencia que ya utilicé en mi anterior reseña, al situar en el panel de comparaciones las constantes esenciales del «cine negro» norteamericano de la década de los cuarenta. Por supuesto, no se trata de pedir la repetición de unos esquemas, de unas

portar el paralelismo con los clásicos del género «negro» o con sucesores tan dignos como «Harper», de Jack Smight, o «El detective», de Gordon Douglas. Pero de esta manera, el film resulta confuso, embrollado (una vez en «off» final trata de poner orden donde no lo hay), sin seguir jamás una dirección definida. Repito lo que he dicho otras veces, y concretamente a propósito de «El golpe»: es muy fácil engañar al espectador, ocultarle datos fundamentales o mentirle abiertamente (como